

presentada en el imperio mexicano por el marques de la Ribera, el mismo que firmó con D. Manuel Diez de Bonilla la célebre convencion española, de que tanto se ha abusado en perjuicio nuestro.

No faltaba fundamento para creer que tambien la Inglaterra habria seguido el ejemplo de los otros gobiernos ántes mencionados; pero hasta fines de Setiembre no habia sido así, ni se consideraba probable que lo fuera mas adelante. Desde el 29 de Julio promovió la cuestion Mr. Kinglake, en la sesion que hubo en aquella fecha en la cámara de los comunes, hablando elocuentemente en favor de los ultrajados derechos de México. Contestándole el subsecretario del ministerio de relaciones exteriores, Mr. Layard, parece que se mostró algo inclinado á la política napoleónica, lo cual produjo tan mal efecto, que al dia siguiente necesitó lord Palmerston enmendar el desacierto cometido, é indicó que el gabinete inglés no reconoceria en México otro gobierno que el emanado de la voluntad de los mexicanos. No sabemos que haya ocurrido ningun otro incidente respecto de este negocio, en el que es ya bastante significativo que hayan sido desatendidas las tentativas hechas indudablemente por Napoleon para el reconocimiento de su ahijado.

Como de ninguna manera puede depender la legitimidad de un gobierno de que sea ó no reconocido por las potencias extranjeras, ninguna fuerza legal obtendrá el espúrio imperio mexicano con su aceptacion por varias de las cortes europeas. Es un principio incuestionable el de que la única fuente admisible de la existencia de los poderes públicos, en todas las naciones del mundo, es el de la espontánea y libre voluntad del pueblo que los constituye. De esta teoría incontrovertible partimos para sostener que no será Maximiliano legítimo emperador de México, aunque lo hayan reco-

nocido ya con ese carácter la Francia, la España, la Italia, la Rusia y la Suecia; y aunque mas adelante lo reconocieran con el mismo todas las demas naciones del globo, mientras la mexicana no sea la que acepte su encubramiento. Reconocemos en la mayoría del país el derecho de preferir la forma de gobierno y las instituciones que quiera adoptar; y si tuviéramos la conciencia de que esa mayoría estuviese decidida por la monarquía y por Maximiliano, sin perjuicio de conservar intactas nuestras ideas republicanas, no podriamos ya considerar impuesto por la fuerza al monarca elevado al solio por las bayonetas francesas. Pero como seguimos teniendo la firme creencia de que la voluntad de los mexicanos repele al intruso monarca de procedencia francesa, obramos con la consecuencia debida al considerarlo revestido de un título vano, al que no puede dar legalidad el que lo reconozcan como bueno, extranjeros que no tienen derecho para disponer de nuestra suerte. La resolucion del caso nos parece bien sencilla, consistiendo en que se retire la expedicion francesa, para que se conozca entónces el verdadero sentimiento popular; porque mientras la obra de la intervencion esté apoyada en la presion de los soldados de Napoleon III, ni nosotros ni ningun hombre de buena fé podrá dar carácter de espontaneidad á las manifestaciones imperialistas, hechas únicamente en las poblaciones sujetas al yugo de la fuerza armada, y reducidas á pesar de eso, no obstante el uso de toda clase de amaños, á unas cuantas firmas de personas sin ningun valimiento social.

La tentativa hecha en México para establecer en el continente americano lo deletérea influencia europea, va á ser reproducida probablemente en algunas de las repúblicas hermanas, á las que tal vez llegará su turno de pasar por las calamidades á que estamos hoy nosotros sujetos.

La cuestion del Perú es la que está ocasionando el conflicto á que nos referimos. La declaracion de Pacheco acerca de la conducta de Pinzon, no daba al pueblo agraviado sino una satisfaccion á medias, reducida á quitar al acto atentatorio de la ocupacion de las islas Chinchas, el carácter de reivindicacion de que la habia revestido el almirante español; de manera que se insistia en retenerlas, hasta que recibiera la España las satisfacciones que ha pedido, siendo así que á ella es á quien corresponderia darlas. Pero á mayor abundamiento se ha anunciado últimamente, que Llorente, el nuevo ministro de Estado, sucesor de Pacheco, vuelve al pensamiento de poner en duda el derecho del Perú á las islas mencionadas. El gobierno de Lima no ha llegado todavía al extremo de decidirse por la guerra, para la que está ya autorizado por un decreto del congreso, si bien este mismo indica la conveniencia de otras medidas preliminares. Habíase hablado con tal motivo, del nombramiento de D. Federico L. Barréda, quien debia ir á España á procurar el arreglo de la cuestion pendiente; pero tal mision no ha llegado á formalizarse, y por muy graves que sean, como suponemos, los motivos que obran en el ánimo del gabinete peruano, ya renovado, para dilatar todavía el rompimiento de las hostilidades, á pesar de ser tan claro su buen derecho para apelar á las armas, en caso de que sean desatendidas sus justas reclamaciones, casi no puede considerarse posible que deje de estallar la guerra entre las dos naciones, ya que es enteramente inadmisibile el único medio de avenimiento propuesto, por ser incompatible con la dignidad del Perú, y cuando hasta de ese medio se prescindie.

El entusiasmo popular que se ha manifestado por la causa de aquella república, en Chile y en Bolivia, ha dado ya lugar á contestaciones bastante desagradables, entre sus

respectivos gobiernos y los representantes del español. Muy generalizada está en toda la América del Sur la idea de hacer causa comun con el pueblo peruano, en el evento de que llegue á declarar la guerra á España. Se espera, sin embargo, como es natural, la resolucion definitiva del gobierno agraviado, para adoptar la conducta que exijan entónces las circunstancias, sin que por eso deje de haber desde ahora el resfriamiento consiguiente al principio de una ruptura, que se presenta como inevitable.

Tambien en Colombia son muy alarmantes las comunicaciones que han mediado entre el ministro de Francia y el gobierno de aquella república, con motivo de la cencerrada que se dió en Panamá á Mazarredo, quien estaba alojado en el consulado frances. Ha habido formal empeño en atribuir complicidad en aquel acto á Santa Coloma, presidente del Estado de Panamá. Acusado por tal circunstancia ante la suprema corte de justicia, este repetable tribunal no ha encontrado fundamento bastante para declararlo culpable. El gabinete colombiano, á instigaciones siempre del enviado de Napoleon, insistió en que se pronunciara un fallo condenatorio, dando por averiguada la realidad de la culpa. La corte de justicia, con una energía que la honra sobremanera, se negó á obrar contra sus propias convicciones, y reprodujo su primitiva declaracion. El ministro frances á su turno, volvió á la carga con mayor teson que nunca. Tal era el estado que á últimas fechas guardaba este negocio, en el que se deja entrever la altanería con que se trata á los gobiernos americanos, sin otra razon que la de que son débiles, por los agentes del soberano que se ha figurado sin duda, en su loco orgullo, que es ya el árbitro de los destinos de este continente.

Contribuyen por desgracia á afirmarlo en este concepto

los tenebrosos manejos del partido conservador en las repúblicas americanas. A ellos se debe que subsista todavía en el Ecuador una administracion justamente tachada de intervencionista, la que por fortuna parece próxima á caer, en virtud de una revolucion á mano armada contra García Moreno, á quien falta ya el apoyo del general Flores, muerto recientemente, por fortuna de su país, al que tanto daño causó con sus empresas traidoras.

A las mismas tramas se debe igualmente la existencia del plan, ya bien conocido, de anexar al imperio mexicano toda la América Central. El principal promovedor de esta traidora combinacion, es el general Carrera, presidente de Guatemala, é instrumento hace tantos años del partido retrógrado. La república de Costa-Rica es hasta ahora la única que se opone á la consumacion de tan odioso atentado. Estamos por lo mismo en vísperas de una nueva intervencion, que solo dejará de realizarse en caso de que los buenos patriotas, alarmados ya con la noticia de lo que se está fraguando, consigan sobreponerse á los que trafican con la independencia y la honra de su país.

El conjunto de los antecedentes relacionados, á nadie puede dejar duda de que existe un plan, extensamente ramificado, para la conversion en monarquías de las repúblicas del continente de Colon. México ha sido la primera víctima de esa combinacion, engendro monstruoso del maquiavelismo europeo y de la traicion de los conservadores americanos. Los peligros que están ya corriendo las otras naciones, que sucesivamente han de ir sirviendo de teatro para la ejecucion del pensamiento, van tomando el carácter de inminentes. La arrogancia de España con el Perú, con Chile y con Bolivia; las exageradas pretensiones de Francia respecto de Colombia; la proteccion otorgada por la misma Francia al

gobierno intervencionista del Ecuador; y el proyecto de anexion de Centro América, son pruebas irrefragables de que está á punto de naufragar la doctrina de Monroe, enterrada al parecer con los huesos de su autor, segun la expresion de un corresponsal del *Herald* de Nueva-York.

Riesgo tan palpable hace cada vez mas necesaria la union íntima y cordial entre pueblos amagados de las mismas calamidades. Así parece que lo van comprendiendo todos ellos, y uno de los primeros pasos dados en ese sentido, es la reunion del congreso ideado por Bolívar, el cual debe haber abierto ya sus sesiones en Lima, á donde habian llegado los plenipotenciarios nombrados por las repúblicas sudamericanas. Se ha escogido, para mision de tanta importancia, á las primeras notabilidades de aquellos países. De esperarse es que el congreso fije las bases del derecho público americano, para que las usurpaciones europeas se estrellen en el dique que les oponga el esfuerzo unánime de los pueblos, que han sido hasta aquí víctimas de ellas.

La simpatía por la causa de México, excitada naturalmente con el anuncio de un peligro semejante al que nosotros estamos corriendo, ha vuelto á expresarse en los términos mas satisfactorios. Achá, presidente de Bolivia, en el discurso de clausura de las cámaras, y Murillo, presidente de Colombia, en una proclama expedida el 20 de Julio, aniversario de la independencia de aquella república, han elevado su autorizada voz para declararse en contra de la intervencion francesa en nuestro país. Nuestro ministro en Washington ha recibido, por conducto del secretario de Estado Seward, una preciosa medalla, destinada al general Zaragoza por los habitantes de Montevideo, quienes resolvieron despues mandarla directamente al gobierno mexicano, á consecuencia de la muerte del vencedor de los franceses. La prensa de la

América del Sur sigue expresándose uniformemente en favor de nuestra independencia. La cámara de diputados de Chile aprobó por unanimidad una mocion relativa á que no fuese reconocido el imperio de Maximiliano; y el senado chileno confirmó esta resolucion. El gobierno boliviano ha pasado al congreso nacional un proyecto de ley, para que se declare que Bolivia no reconocerá el imperio que se ha establecido en México, ni entrará en relaciones diplomáticas con él, sino á condicion de que la nacion mexicana acepte dicha forma de gobierno, en uso de su soberana voluntad, libre de toda influencia extranjera.

Halagüeñas son por cierto estas demostraciones de simpatía, de notable efecto moral para todo ánimo despreocupado. Por desgracia, la debilidad de las naciones de que emanan, no permite traducirlas en auxilios eficaces, los cuales únicamente pueden venirnos de la gran república americana, donde es igual ó mayor que en las demas el entusiasmo por nuestra causa, siendo el gobierno el que ha estado conteniendo hasta aquí la voluntad bien marcada del pueblo.

La eleccion, celebrada ya, de presidente de los Estados-Unidos, debe considerarse para nosotros como el principio de una nueva era, en la que se determinará lo que tenemos que esperar de nuestros vecinos. El *Memorial Diplomatique* de Paris anunció que mediaba un compromiso formal, de parte del gobierno norteamericano, para reconocer á Maximiliano como emperador de México, luego que fuese reelegto Lincoln. Reproducida esta noticia por los periódicos de los Estados-Unidos, fué desde luego desmentida por el que está reputado como órgano de Seward. Renovada despues, ha dejado alguna duda en el ánimo de los que no están al tanto de los secretos diplomáticos del gabinete de Washington.

A juzgar por varios antecedentes, bastante notables, no

debe presumirse que la intencion de ese gobierno sea la que se le supone. Las relaciones con nuestro ministro han tomado últimamente un carácter de cordialidad, mayor que el que ántes habian tenido. Hemos dicho ya que por conducto de Seward se ha recibido la medalla destinada al héroe del 5 de Mayo. El mismo secretario de Estado ha pedido el *exequatur* para Mr. E. Dorsey Etchinson, nombrado cónsul en Matamoros, cuando ya no podia ignorarse que aquel puerto habia caido en poder de los franceses y de los intervencionistas. Se ha admitido á Mr. Corwin su renuncia del cargo de ministro plenipotenciario en México, donde tan marcada fué su parcialidad en favor de nuestros enemigos, debida á su completa ignorancia del idioma, del estado y de la voluntad del país. A pesar de no permitirse ya las visitas al ejército del Potomac, se concedió sin dificultad alguna permiso para que las hicieran, primero los generales Alatorre y Colombres, y despues nuestro representante, el general Doblado y otros mexicanos. Blair y Chase, ex-ministros de Lincoln, que no obstante haber salido del gabinete llevan íntimas relaciones de amistad con el presidente, cuyo programa debe serles perfectamente conocido, acaban de pronunciar unos discursos públicos, en los que se han declarado abiertamente en favor de la independencia mexicana y contra la intervencion extranjera. En la solemne recepcion de D. Blas Bruzual, enviado de la república de Venezuela, se expresó Lincoln en los términos mas esplicitos acerca de la subsistencia de las instituciones republicanas en América.

Agrégase á todas las anteriores consideraciones, la que en nuestro concepto puede llamarse capital, que es la de la decidida voluntad del pueblo norteamericano en la cuestion de que se trata. Punto es este sobre al que á nadie puede

cabera duda alguna, y ménos aún al gobierno encargado de representar esa misma voluntad. Siendo como son tan impopulares en los Estados-Unidos el establecimiento de una monarquía en México y la intervencion francesa, sería el mayor de los absurdos el que cometiera el nuevo presidente, al inaugurar la época de su segunda administracion, con un acto de un desprestigio inmenso. Mucho mas en el orden está que, siguiendo las inspiraciones de sus comitentes, léjos de declararse en favor de los planes de Napoleon, ántes bien se oponga á ellos abiertamente, con la seguridad de que su oposicion será suficiente para que no sea posible llevarlos á cabo.

Tratándose de una eventualidad cuya existencia es por demas dudosa, excusado sería entrar en mas detenidas consideraciones acerca de este negocio, del que solo nos hemos ocupado con anticipacion por la extraordinaria importancia que tiene. Pronto vendrán los hechos á descubrir lo que haya de cierto en el particular. Entónces será cuando nos encargaremos extensamente de la cuestion, cualquiera que sea el sentido en que se resuelva.

Bien podemos entretanto considerar el estado que guarda la guerra en la república vecina, por la íntima conexion que su desenlace tiene con la política del nuevo gobierno. Nada decisivo habia ocurrido aún, en esta parte, hasta mediados de Noviembre. El 19 de Octubre hubo una gran batalla entre el ejército de Early, mandado ya por Longstreet, y el de Sheridan. Al principio fueron derrotados los federales con pérdida de veinte cañones, y perseguidos por espacio de cuatro millas; pero al presentarse Sheridan, que habia ido á Washington á conferenciar con el gobierno, su arrojo y habilidad cambiaron el desastre en victoria, y los confederados tuvieron que replegarse, despues de sufrir una

pérdida muy considerable, dejando en poder del enemigo, á mas de los veinte cañones que le habian tomado al principio, otros treinta de los suyos y un gran número de prisioneros. No obstante este triunfo, el ejército que lo obtuvo no habia avanzado, ocupándose de preferencia en destruir cuanto encontraba á su paso, conforme al plan adoptado por su jefe.

En el ejército del Potomac seguia todo en el mismo estado. El 28 de Octubre dispuso Grant que los cuerpos 2º, 5º y 9º, hicieran un reconocimiento de las fortificaciones inmediatas á Petersburg, las que se encontraron sobremana formidable. Habíase estado anunciando un asalto general, en el que se esperaba obtener un resultado definitivo, extendiéndose ya algunos periódicos á asegurar que estaba Grant cierto de tomar á Richmond, aunque con una pérdida enorme, la cual trataba de evitar, difiriendo por eso el ataque, hasta ver si sin necesidad de darlo obligaba á Lee á capitular. Las últimas noticias no confirman tan plausible perspectiva, expresando mas bien, por el contrario, el temor de que sean todavía muy difíciles de superar las dificultades que se presentan para la toma de la capital de la confederacion. Parece probable que habrá una campaña de invierno, porque el general unionista, tenaz como siempre en su propósito, no piensa levantar el campo hasta conseguir su fin.

Para el evento de que se prolongara la guerra, estaba ya muy valido entre los surianos el proyecto de servirse de 300.000 negros, emancipándolos previamente, para que á las órdenes de sus amos sirvieran en la nueva campaña. De realizarse semejante pensamiento, sus consecuencias serian terribles, tomando la cuestion un aspecto mas grave, y aumentándose en una escala inmensa los horrores que se han cometido ya. Acaso por este motivo, ó tal vez por aficion al

sistema de esclavitud, se ha opuesto Jefferson Davis al pensamiento, en el mensaje que presentó al congreso separatista el 7 de Noviembre, día de la apertura de sus sesiones. Cree el presidente de los Estados confederados, que de la raza blanca existente en ellos se puede sacar todavía el número de soldados suficientes para conquistar su independencia, en defensa de la cual bastaría en su concepto, en caso absolutamente necesario, armar 40.000 negros emancipados.

En el mencionado congreso ha hecho mocion Mr. Murray, para que los Estados confederados no den auxilio, ni muestren siquiera simpatía, al establecimiento en México de la monarquía de Maximiliano. La proposicion pasó á la comision de relaciones exteriores. Esta es una prueba mas de la declarada aversion con que ven la obra napoleónica nuestros vecinos, sean unionistas ó no.

Como habíamos anunciado, Lincoln ha sido reelecto presidente de los Estados-Unidos. La mayoría que ha obtenido ha sido inmensa, sin que lograran evitarlo los esfuerzos empleados en su contra por los desafectos á su administracion, que no son ciertamente pocos. De 234 votos electorales, 213 fueron para él, y 21 solamente para Mac Clelland, segun un cómputo que hemos visto, aunque no tenemos todavía plena seguridad de su exactitud. Salió tambien electo para la vicepresidencia Andrew Johnson, el candidato republicano. Siendo hoy las circunstancias enteramente diversas de lo que eran hace cuatro años, cuando por primera vez se encargó del poder el ciudadano, vuelto á honrar con la confianza de sus electores, diversa tambien debe ser la política que siga en este nuevo período de su administracion. Esperamos que lo sea igualmente en lo que concierne á los asuntos de la república mexicana, sucediendo la energía propia del presidente de un gran pueblo, á la humillante timidez

con que se ha obrado hasta aquí respecto de la Francia, cual si los Estados-Unidos fueran uno de esos pueblos impotentes, que necesitan transigir con los mayores escándalos de los poderosos, por falta de medios eficaces para contrariarlos.

El naciente imperio mexicano, del que es de presumirse que nunca llegue á crecer ni á consolidarse, sigue dando muestras, desde sus primeros pasos, de los vicios capitales de que adolece. Sin embargo de ser patente á los ojos de todos, que no puede prolongar su efímera existencia sino mediante el constante apoyo del poder extraño, sin el que tampoco hubiera llegado á nacer, parece que han ocurrido ya muy serias desavenencias entre los protectores y el protegido. Antes del viaje que hizo Maximiliano á varios puntos del interior, se encontraban ya en estado casi de rompimiento abierto sus relaciones con los franceses. Este es punto bien averiguado, por proceder su conocimiento de fuentes nada sospechosas, como que son todas intervencionistas. El mismo Masseras, autor del famoso programa del imperio, y corresponsal actualmente del Courrier des Etats-Unis, del que era ántes redactor, ha exhalado en varias de sus correspondencias, el amargo despecho de que está animado, en unión de sus compatriotas, por la conducta del pupilo, rebelado contra sus tutores.

Conforme á los datos relativos á este asunto, Maximiliano se está haciendo culpable de una notoria ingratitud para con sus favorecedores. Demuestra tal comportamiento la escasa inteligencia del austriaco, quien, de lo contrario, comprenderia el gravísimo daño que le ha de resultar de malquistarse con el único verdadero apoyo que lo sostiene en su usurpacion. Confirmado, empero, el hecho de una manera indudable, por mas que parezca inverosímil, ha dado lugar á la fundada queja de que todos los demas extranjeros son mas

considerados que los franceses. Los alemanes, por compatriotas del emperador; los belgas, por paisanos de la emperatriz; los irlandeses y hasta los angloamericanos, no sabemos por que título, están siendo objeto de preferencias, con las que se ofende terriblemente el orgullo de los que se califican, con razon, de autores del reinado del príncipe austriaco. A tal extremo ha llegado el desprecio con que son tratados, que aun los que habian venido á desempeñar puestos de importancia en la corte imperial, como el titulado general Woll y un tal Chaveau, se han quedado olvidados en el hotel Iturbide, como si no se supieran sus nombramientos. Los famosos hacendistas Budin y Corta, cuyos ignorados trabajos suponemos que verán algun dia la luz pública, habian desespchado ya de hacer algo de provecho, y estaban resueltos á irse con la música á otra parte. El segundo realizó ya su propósito, según una correspondencia de la Habana, en cuyo puerto tocó á principios de Octubre, de regreso para Francia.

El enojo ha cundido hasta el mismo Bazaine, acostumbrado á manejar á su antojo al imperial manequí. Viéndole ménos sumiso que ántes, anunció, ó bien para amedrentarle, ó bien obrando con sinceridad á impulsos del despecho, que iba á sacar de la capital las fuerzas francesas, abandonándole en brazos de sus turbulentos súbditos, los que en ningun sentido le inspiran confianza. El ofendido general frances indicaba ademas el propósito de retirarse á Sonora, rico florón de la república mexicana, codiciado por la Francia, para conservarlo en calidad de prenda pretoria ó pirática.

Sea por el desagrado con que han visto los franceses la ingratitud de su protegido, ó sea sin otro motivo que el de estar presenciando lo que pasa en el nuevo imperio, es el caso que acusaban á Maximiliano, haciéndolo en primer término

el citado Masseras, de una apatía inconcebible, á virtud de la cual nada se hacia para el servicio público. Aunque al principio se habia disimulado tan completa inacción, atribuyéndola á la necesidad de ponerse al corriente del estado y exigencias del país; prolongada despues poromas tiempo del necesario, habia llegado á ser incomprensible. Se estaba en espera entónces, y creemos que se estará en espera todavía, del resultado de los trabajos de la famosa comision, ó para hablar con mas propiedad, del famoso congreso de hacienda, compuesto de los elementos mas heterogéneos y disím-bolos. Aquella augusta asamblea estaba perdiendo el tiempo lastimosamente en discusiones estériles, sin que pueda preverse cuándo llegará ná su término, ni ménos qué frutos darán, si es que llegan á dar alguno.

No ha sido mas provechosa la reunion de la otra comision militar, presidida por el general Bazaine, ascendido ya á mariscal, no sabemos por cierto en virtud de qué hazañas. Tampoco han podido entenderse los miembros de ese otro arcópagó, centro y refugio de nuestras antigüedades bélicas. El único pensamiento de que hemos oido hablar, es el atribuido al mariscal-presidente, empeñado en que conste el ejército mexicano de 100.000 hombres, fuera de los 13 ó 20.000 de que ha de componerse la legion extranjera. A quien así disparata en materia de tanta gravedad, suponiendo posible para México el sostenimiento de una fuerza tan crecida, nada se le puede objetar formalmente, debiendo limitarse el comentario á admirar que pase el autor de tal despropósito, por una de las primeras capacidades militares de la época.

Hemos apuntado ya el viaje que emprendió Maximiliano al interior de la república, sin duda para ver si con el conocimiento práctico de las localidades, se facilitaba la expedi-